

Los cuatro espejos de Quince Duncan y la representación del sujeto subalterno afrocaribeño

Elena Valverde Alfaro¹

Recepción: 14 de octubre de 2006. Aprobación: 19 de marzo de 2007

El mundo se me figura como un planeta atrapado entre dos polos: el frenesí por un lado y el quietismo por el otro. Y la tensión entre ambos nos lanza a la esperanza o a la frustración.

Los cuatro espejos

Resumen

En este artículo analizo la representación cultural del sujeto afrocaribeño, así como sus posiciones discursivas frente a las del ideario costarricense. Argumento que los grupos socialmente poderosos construyen estereotipos culturales para la aceptación o el rechazo de los sujetos. En consecuencia, dentro de esta dicotomía, el individuo blanco e hispanohablante se convierte en el prototipo para el reconocimiento social. El ensayo comprueba la incapacidad de representación cultural del sujeto subalterno debido a imposiciones ideológicas de dominación arrastradas desde la Colonia.

Palabras claves: estudios subalternos, identidad cultural, agency, posiciones discursivas.

Abstract

In this article I analyze the Afro-Caribbean subject's cultural representation, as well as their discursive positions in front of those of the Costa Rican ideology. I argue that the socially powerful groups build cultural stereotypes for the acceptance or the rejection of the subjects. In consequence, inside this dichotomy, the white and Spanish-speaker people become the prototype for the social recognition. The article checks the inability of cultural representation of the subordinate subject due to ideological impositions of dominance crawled from the Colony.

Key words: subaltern studies, cultural identity, agency, discursive positions

INTRODUCCIÓN

El sujeto latinoamericano ha sido concebido y construido, desde tiempos coloniales, de acuerdo con el modelo cultural europeo. A partir del reconocimiento de la Modernidad como un periodo de crisis y transición, surge en América Latina el problema de la representatividad de una manera diferencial. La consolidación y validación del capitalismo generó (en oriente como en occidente) la fragmentación social y, por tanto, una creciente desigualdad política, económica y social. En Asia del Sur (con la dirección de Indira Gandhi) y tras las brechas sociales, sectores populares buscaban

la su identidad y representación. De una manera similar, en América Latina las diferencias sociales son perceptibles: mientras hay grupos de poder que dominan y manipulan, existen otros sectores que se ven opacados y hasta silenciados por estas minorías que detentan el poder. Al lado de esta transformación surgió el problema de la representatividad.

La palabra “subalterno” proviene de los estudios de Antonio Gramsci y hace referencia a las relaciones entre dominantes y dominados en las que el segundo grupo se ve subordinado en términos de clase, casta,

1. Programa de Maestría en la Enseñanza del Castellano y la Literatura, Sede de Occidente, Universidad de Costa Rica. [valverde.elena@gmail.com]

género, raza y lengua. Los estudios subalternos pretenden otorgar la iniciativa o *agency* a los sujetos populares y subvalorados. De acuerdo con Prakash, *agency* “hace referencia [...] al despliegue de la capacidad y creatividad de un sujeto que asume el papel de actor” (Prakash 1997:294).

El replanteamiento de la historia es el eje primordial de los estudios subalternos, específicamente la inversión de la jerarquía de poder; pretende establecer una visión a partir de la perspectiva de “los de abajo”. Ranajit Guha fue el inspirador de los estudios subalternos y expuso que el sujeto sometido era silenciado por una posición social represiva y arbitraria. Este proyecto restaurador de “la iniciativa histórica insurgente implicaba claramente [...] una noción de recuperación del sujeto” (Prakash 1997: 294). De esta forma, el estudio de los sectores relegados busca (re)descubrir las raíces y orígenes de sectores vetados por los grupos que ostentan el poder, a la vez que se analizan los grupos dominantes. Los estudios subalternos analizan cuáles tipos de sujetos son excluidos de las representaciones oficiales, cómo es la sociedad que se imaginan y cuál es su relación con los otros (los “no subalternos”). Además de fragmentar la hegemonía europea, los estudios de la subalternidad propician el establecimiento de un análisis diferencial que inserta grupos marginados dentro de la representación latinoamericana y pretende descentralizar la relación entre dominantes y dominados así como dotar de capacidad de enunciación a sujetos silenciados, en este caso, el sujeto negro. La tarea de los estudios poscoloniales y subalternos radica en intentar que “the reality of the historical conditions of colonialism can be safely discarded in favour of the fantasmatics of colonial discourse” (Young, *cf.* Ashcroft s.f.: 190) y desplazar modelos de dominación implantados desde la Colonia.

El sujeto cultural negro que llegó inicialmente a Costa Rica provenía de Jamaica (colonia inglesa) y buscaba mejorar las condiciones para supervivencia y regresar a su tierra. Durante el tiempo de asentamiento, el negro convivía armónicamente con la población indígena costarricense. A partir de los años cuarenta del siglo XX, Costa Rica sufrió un giro radical en su economía. Tras la insuficiencia de los trabajadores en la construcción del ferrocarril al Atlántico, Minor Keith idea la incorporación de un sistema de exportación dependiera del tren. Por esto, “empieza Keith a conseguir del gobierno, gracias a su enorme influencia, concesiones de tierra y funda la Compañía frutera que más adelante llegaría a ser, fundiéndose con otra compañía similar en los

estudios Unidos, la United Fruit Company.” (Duncan 1974: 89-90) A raíz de esta coyuntura se gestan las diferencias culturales: al instalarse la Compañía, el negro sufre una degradación cultural ya que es considerado como un sujeto con una cultura inferior a la del costarricense. El negro, aunque se veía relegado como sujeto, no creía necesario asumir y conocer las leyes del país porque se consideraba un extranjero y vislumbraba un su futuro un retorno a su tierra. Desde este momento, se agudizan la discriminación del negro. El discurso de poder es emitido desde la meseta central del país, representada por terratenientes (blancos) y les son impuestos a las zonas periféricas como Limón. En *Los cuatro espejos* de Quince Duncan existe un intento por representar al sujeto subalterno afrocaribeño; sin embargo, los enunciados de este texto, al negar su iniciativa histórica se adscriben al discurso colonial hegemónico. Paralelamente, se presenta la aspiración al “blanqueamiento” como único medio para el reconocimiento del sujeto negro en la sociedad.

LA REPRESENTACIÓN DEL SUJETO SUBALTERNO AFROCARIBEÑO

La construcción de una identidad nacional responde tanto a factores geográficos como culturales y requiere de sujetos que la reconozcan y se adscriban a ella. La cultura, siguiendo a Rento Ortiz “es antes que nada un todo integrado, una totalidad en la que se encuentran orgánicamente articuladas diferentes dimensiones de la vida social. [...] marcada también por su función integradora, que somete a los individuos a las exigencias de la sociedad” (Ortiz 2001: 1).

La identidad cultural de cada nación se construye a partir de las experiencias y expresiones de cada pueblo y se sustenta en su ideario y sus marcos de referencia. En teoría, el concepto de *nación* une a todos los grupos de personas en una *totalidad* y las homogeniza, integrándolas en una idea compartida de pertenencia. En la realidad latinoamericana (principalmente a partir de la segunda mitad del siglo XX), esa *nación* se empieza a desmoronar: la fragmentación de los metarrelatos –religión, Estado, gobernabilidad– genera un debilitamiento en la identidad y cohesión cultural.

A pesar de la presunta democracia de Costa Rica y su estado benefactor, la provincia de Limón siempre se ha mantenido al margen del resto de la nación costarricense. Es, *grosso modo*, un grupo de “extranjeros” dentro del mismo país. Los negros de esta provincia han sido excluidos del ideario nacional

porque el costarricense se concibe como el resultado de la unión entre blancos e indios -y el negro no cabe en esta fusión-. De hecho, América Latina en su gran mayoría se representa como el producto de esta mezcla que, a la vez, “es la confirmación de que la presencia negra en América Latina se percibe, de modo general, como una error de la historia; en todo caso como algo no genuino, como algo que no forma parte de la idiosincrasia latinoamericana” (Lavou 2001: 134).

En *Los cuatro espejos*, Charles McForbes asiste, junto con Ester –su esposa– a una conferencia sobre minorías raciales en Costa Rica. El orador expone una situación hasta ese momento inadvertida por el protagonista: “La alineación y la marginalización, la explotación en grado sumo de que son víctimas los negros y los indígenas en nuestro país, no son precisamente un ejemplo de democracia. Su situación es desesperante” (Duncan 1973: 12). Estas palabras desorientan a Charles quien, al despertar y asomar su vista al espejo, no ve su rostro. A partir de este suceso, el protagonista de la novela pierde por completo su identidad y no se reconoce. Charles sale de su casa y pretende solucionar su dilema: acude a un médico y ansía reconocer su rostro pero no lo logra. A raíz de la desesperación que sufre, decide regresar a Estrada (su pueblo originario) porque cree que en sus raíces posiblemente logre recobrar su identidad.

Tiempo atrás, Charles vivía en Limón, pero - a diferencia de su grupo de amigos - logró salir de su pueblo para estudiar. En este intento, el protagonista da un paso hacia el “blanqueamiento” tan anhelado por el negro como medio de alcanzar el reconocimiento social. De hecho, su abuelo, Saltimán McForbes, decía a Pete (padre de Charles) que no quería que ninguno de sus hijos se casara con una negra porque, según sus ideas, “Hay que subir de color para escapar de esta cochinidad en que estamos [...] Hay que ir blanqueando, esa es la solución: hay que ir blanqueando (Duncan 1973: 12).

Charles, al llegar a su pueblo, se siente extraño; incluso no reconoce a su amigo de la infancia Clovis Lince y se pregunta cómo ha perdido su identidad y de qué manera se ha visto en medio de dos culturas. Charles, por tanto, no se siente completamente negro y, a la vez, se sabe ajeno a los blancos. Se presenta, entonces, un negro que se pierde en medio de su propia gente.

Durante el recorrido de Charles por Estrada, recuerda acontecimientos de su niñez que nos permiten un acercamiento a la vida limonense. Conocemos, por ejemplo, que el protagonista estuvo casado inicialmente

con Lorena Sam, cuyo padre era un obeahman, es decir, un hombre con poderes espirituales que “[...] bien puede ser utilizado para proteger, para defenderse o para atacar. [...] Un obeahman no es un hechicero, sino un hombre con poderes sobrenaturales” (Duncan, 1974: 104). Cuando ésta muere, mantiene relaciones amorosas con tres mujeres simultáneamente: Victoria, Engracia y Ruth. Engracia es otro ejemplo del afán de blanqueamiento. Esta mujer (quien estuvo también con el Dr. Centeno) era blanca; según Charles, “cuando Engracia se desnuda, todas las cosas son de mármol. Mármol pulido [...] es como ver una pieza de mármol salpicada de luces.” (Duncan 1973: 12). El sujeto blanco permite a Charles sentirse parte de esa sociedad aceptada. Además, Charles recurre a Ruth para “calmar” su dolor tras la pérdida de Lorena. Ruth era la compañera y confidente de Lorena y la acompañó en su lecho de muerte. Victoria, la última mujer con quien estuvo Charles antes de casarse con Ester, fue la única que le dio un hijo al protagonista pero él la abandonó tras haber vendido su finca. Este último acontecimiento fue el que lo obligó a trasladarse hacia San José, donde conoció a su última esposa.

Después de Lorena, Engracia, Ruth y Victoria, Charles conoce a Ester Centeno, en el hospital donde atendieron a Lorena. Ester era una mujer más en la vida de Charles mediante la cual aspira al reconocimiento como sujeto social. La hija del doctor Centeno era una mujer blanca y procedente de una clase social adinerada y de la capital del país: “[...] calzado y vestido en armonía con sus ojos celestes: dedos delgados, mejillas ligeramente rosadas, y recogiendo sus hermosos cabellos de trigo una cintilla rosada” (Duncan 1973: 12). Esta unión de Charles con Ester es, para él, un gran avance en su anhelo de blanqueamiento ya que, al ser su esposa blanca y de la capital del país, “avanza” en su aceptación como sujeto costarricense.

El Dr. Centeno es otro de los personajes que, aunque aparentemente acepta al negro, lo rechaza en realidad. De hecho, la relación que entabla el doctor con los negros siempre la tiñe de un distanciamiento elitista porque se cree superior. Ejemplo de esta actitud se presenta cuando el doctor le dice a su hija que Charles no era nadie antes de conocerla sino un “negro de Limón. Ahora es alguien. Es un gran muchacho, no se puede negar. Los negros lo que necesitan son oportunidades” (Duncan 1973: 12). Es decir, el sujeto negro no tiene identidad como tal por sí mismo y no es reconocido como persona por pertenecer a la cultura afrocaribeña. Charles, para el doctor Centeno se convirtió en *persona* hasta que estudió y surgió gracias al apoyo de Ester y su familia.

Cuando Ester era niña, sentía un constante temor hacia los negros porque Magdalena y la empleada le hacían creer que el jardinero le haría daño y la raptaría de su casa. Además, cuando Ester saludaba al negro o cuando éste la acariciaba (con el consentimiento de su padre), Magdalena y la empleada “le exigían asearse y pasarse alcohol” (Duncan 1973: 12). Con esto se evidencia, una vez más, el rechazo de los capitalinos (blancos) hacia los negros, al punto de concebirlos como salvajes e incivilizados, casi como monstruos temibles: “Tené cuidado con ese cochino. Los negros ni se bañan ni se peinan. Y además viene de un lugar llamado África, donde la gente se come a los chiquitos.” (Duncan 1973: 12). En este sentido, al colocar a los negros en el modelo de la barbarie, automáticamente se cuestiona su capacidad de *agency* como sujeto latinoamericano reconocido.

La ideología blanca dominante pervive desde la colonización, cuando la idea del negro como una ser salvaje y primitivo se inculcó en la mentalidad de los colonizados. Asimismo, continúan las ideas de superioridad que poseen los grupos sociales elitistas que, en muchas ocasiones, se consideran superiores por su ubicación geográfica dentro del país. Esto sucede con los Centeno, quienes creen ser superiores a los limonenses por ubicarse en la parte central y hegemónica de la sociedad costarricense. En medio de este distanciamiento de grupos sociales, la unión de Ester con Charles podría explicarse, incluso, como medio de evitar el miedo a lo desconocido o a la diferencia. Esta actitud es posible ya que “la herencia biológica negra no es valorada sino que es vivida como un trauma, una mácula que se debe ocultar. Lo interesante es que ese sesgo que consiste en “esconder sus rayas”, supone al mismo tiempo otra predisposición a desenmascararlas.” (Lavou 2001: 135).

El negro es, sin duda, subvalorado por el blanco en *Los cuatro espejos*. Otro ejemplo del desprecio al que es sometido este grupo subalterno ocurre con Cristian Bowman, quien es maltratado por su madrastra porque su piel es muy oscura. En una ocasión, inclusive, “[...] su padre, furioso, le echó una taza de agua caliente en la cabeza, porque cansado de las vejaciones de su madrastra le había dado un golpe en el estómago. ‘Maldito hijo de perra; no sos hijo mío. Mírate en el espejo: sos tan negro. No sé cómo saliste tan negro: mirá tu hermana. Tu hermana es mucho más clara. Vos no sos hijo mío, yo tuve padre con sangre europea. Vos sos más negro que un condenado salvaje africano’” (Duncan 1973: 61).

Aunque Charles pretende localizar su identidad en su retorno a Limón, no lo consigue. Además, como sabe (tras la conferencia sobre las minorías raciales) que tampoco en medio de los blancos está su identidad, raya en el conformismo: Charles McForbes decide quedarse en medio de los blancos y aceptar la discriminación que existe. En ningún momento el protagonista lucha por subvertir el discurso de poder; por el contrario, lo afianza en la medida que lo acepta y opta por vivir en él. Deja atrás su origen y (consciente o inconscientemente) continúa su anhelo de blanquearse en medio de los Centeno. Cuando el protagonista regresa a San José, Ester le solicita que no se vaya. La actitud de la hija del doctor Centeno reafirma y fortalece la construcción ideológico-social de la superioridad del blanco frente al negro: Ester necesita a Charles como sujeto *inferior* para afianzar su superioridad. Al aferrarse Charles a los blancos, los apoya y evade su origen.

Cada sujeto social se identifica con una u otra identidad cultural que lo construye y autentifica como sujeto. La identificación implica “adherirse a alguna asociación o movimiento, activa o simbólicamente. A diferencia de una identidad, que es innata, “identificarse” es un acto deliberado y conscientemente estratégico, dirigido hacia una meta definida. Como tal, un individuo puede tener varias identificaciones a la vez, o —más probable— secuencialmente, sin perder su identidad que tiende a ser nacional” (Maingot 2002: 171). En *Los cuatro espejos*, Charles se siente atrapado en medio de dos identidades: una innata y otra a la cual aspira llegar. La condición de ser negro es para Charles un castigo no deseado ni merecido. El protagonista entiende su negritud como una imposición de la cual quiere liberarse.

La familia de Charles McForbes desciende en principio de un escocés que llegó a Barbados y se casó con una hija de nobles ingleses expulsados de su país después de la gran guerra civil. De esta unión, nace Saltimán McForbes, quien propuso la idea del blanqueamiento en la familia. Saltimán se casa con una mulata blanca -Milady Brubank- y de ellos nacen ocho hijos dentro de los cuales se encuentra Pete, el padre de Charles. Finalmente, Pete se casa con una negra y de esta unión nace Charles, como cuarto y último eslabón de la familia McForbes. De acuerdo con el título de la novela, podríamos considerar las generaciones como espejos ya que cada una aporta una imagen de la identidad de Charles. El protagonista concibe sus orígenes en la herencia blanca (escocesa) de su familia y la prefiere

antes que a su herencia negra. Charles acaba “preso de ambos mundos, atrapado entre dos culturas, entre el pelo negro algodónado y un pelo de maíz; entre el calor y el frío; en mi terrible e irrealizable deseo de poseer los dos mundos sin opción” (Duncan 1973:153). Por lo tanto, niega su identidad original -la cultura afrocaribeña- y se identifica como blanco, perteneciente al grupo hegemónico social, política, educativa y culturalmente. Este acto de identificación podría pensarse desde dos alternativas: a) conscientemente y con la intención de negar como sujeto al negro o b) inconscientemente, a través de la idea de blanqueamiento que el mismo discurso de poder graba en la mente del subalterno. De acuerdo con la orientación de los estudios de la subalternidad, Charles actúa básicamente desde sus deseos inconscientes y reprimidos a causa de los discursos que invalidan al sujeto subalterno. Al negarse como sujeto afro-caribeño y adscribirse a la identidad del blanco, niega la existencia de un negro como sujeto portador de contenidos culturales válidos y acepta los estereotipos de los blancos como único medio para alcanzar el reconocimiento social. El sujeto afro-caribeño en *Los cuatro espejos* continúa siendo un grupo subalterno. El negro vive a partir de las construcciones ideológicas del blanco -así como América Latina en general-, a partir de los paradigmas occidentales europeos y norteamericanos. No existe aceptación ni reconocimiento de este grupo como pleno sujeto latinoamericano porque, de cualquier manera, “eso de que ‘los oprimen’ es solo una parte del asunto: era cierto también que el negro se oprime solo” (Duncan, 1973: 35).

POSICIONES DISCURSIVAS: CENTRO Y PERIFERIA

Desde tiempos coloniales, Europa -como centro generador de conocimiento- ha construido una dicotomía entre la civilización y la barbarie. En esta división, Oriente como América Latina se inscriben en la segunda categoría. Esta construcción de la otredad instaure diferencias geográficas que se incorporan al pensamiento latinoamericano y establecen una diferenciación epistemológica.

Europa se autoconsidera desde tiempos antiguos como el centro cultural civilizado y a todo lo que no esté bajos sus dominios -Oriente, por ejemplo-, como la periferia bárbara y salvaje. Esta construcción eurocéntrica de Oriente es aplicable al territorio tercermundista latinoamericano ya que cualquier territorio ajeno a la “civilización” europea pasa a ser

una zona periférica, considerada como dependiente de un centro que legitime o niegue su existencia. Este planteamiento es el que, desde el periodo colonial, está inserto en la mentalidad del europeo (quien se considera centro/civilización) y en la del colonizado quien por sometimiento o como consecuencia del mismo, se identifica como periferia/barbarie. De hecho, “una de las consecuencias más perversas y devastadoras de la experiencia colonial es la interiorización por los dominados de la inferioridad en que los ubica el discurso dominante” (Lander 2002: 57).

Para el centro, la periferia representa el lado salvaje, misterioso e irracional y, por lo tanto, es desplazado y subvalorado. De acuerdo con la posición geográfica, Limón es concebido dentro del ideario nacional como un apéndice del país, útil para la exportación e importación comercial. Su gente, además de ser rechazada por no ser parte del territorio de poder -la meseta central-, es menospreciada por su color de piel, que los acerca a los esclavos procedentes de Jamaica y el Caribe quienes fueron concebidos como fuerza de trabajo, únicamente. En este sentido, cabe retomar la idea tan contradictoria en la concepción del negro como sujeto despreciado como portador de cultura pero aceptado como fuerza de trabajo.

La jerarquización cultural y racial, según Homi Bhabha, es producto de la “fijeza” de conceptos, entendida como “un modo paradójico de representación: connota rigidez y un orden inmutable así como desorden, degeneración y repetición demoníaca” (Bhabha 1994:90). De este modo, el centro geográfico -donde se encuentra condensado el poder y las clases sociales que lo ostentan- impone la diferencia y el rechazo a la zona periférica (Limón, en este caso) e inculca dentro del ideario nacional un malestar ante la diferencia.

Uno de los elementos que cohesionan la cultura y la identidad de una nación es la lengua. Como lo menciona Jerónimo Castillo: “Por efectos de la colonización, nada más integrador que el idioma para los pueblos que conforman el continente. Es, por así decirlo, un elemento natural, en razón de que la lengua, a través de los quinientos años que lleva la fusión de razas en América, ha constituido el punto de partida de la tarea integradora” (Castillo 2000: 73). Si reconocemos este fundamental rol de la lengua y lo comparamos con la situación lingüística entre Limón y San José (como ejemplo de la “civilización” costarricense) se produce una nueva dicotomía: para el negro, el inglés es su lengua materna y el español es una segunda lengua. Si consideramos que

el español es el idioma oficial del costarricense, se produce una nueva forma de exclusión dentro de los parámetros de la civilización: al no recurrir a la lengua oficial, los negros se distancian del centro de poder geográfico, político, social y cultural, ya que todos estos ámbitos están “escritos” en español. Aunque de manera impuesta, el dominio español inculcado desde la conquista, gobierna las relaciones sociales de los sujetos de una nación.

El negro, ante la relegación a la que es expuesto en Limón, opta por desplazarse hacia “la civilización” capitalina para alcanzar su reconocimiento como sujeto cultural. Esta decisión es la que realiza Charles McForbes. En la meseta central, a pesar de su piel negra, puede ser reconocido y aceptado si establece vínculos con sujetos blancos y de una condición social hegemónica. Charles evade su procedencia periférica y refuerza la civilización como foco de emisión del poder. Por lo tanto, “la aplicación del eje centro / periferia, con su escala axiológica, explica bien cómo las prácticas materiales y simbólicas de los grupos periféricos son relegadas hacia “afuera” (Chacón 2003: 201).

En el juego entre centro y periferia los discursos histórico y cultural cumplen un papel determinante. Durante la historia de la humanidad ha habido una constante lucha por dominar y escapar a la opresión; sin embargo, existen grupos sociales que logran el sometimiento y otros que se ven subyugados. Como mencioné arriba, Europa siempre se ha autoproclamado como el centro emisor; de hecho la historia ha sido “[...] por supuesto, escrita además por occidentales y dirigida a los occidentales [...]” (Fanon 1963: 76). Las diferencias sociales son perceptibles; los discursos de los grupos subalternos no se aceptan sin la validación discursiva por parte de los sujetos “superiores” porque “el significado de las palabras, de los conceptos, incluso de las categorías morales del bien y del mal depende del lugar desde el cual éstas son enunciadas” (Lander 2002: 58).

Desde el proceso de conquista, el discurso europeo de hegemonía cultural se insertó en la construcción identitaria de los países colonizados. Durante este lapso de dominación existió interés por establecer una jerarquización de cultura y de raza. En el intento por lograr *fijeza*, el estereotipo es empleado como estrategia discursiva para comprender los procesos de subjetivación. El estereotipo “es su estrategia discursiva mayor, es una forma de conocimiento e identificación que vacila entre lo que siempre está ‘en su lugar’, ya conocido, y algo que debe ser repetido ansiosamente [...]” (Bhabha 1994: 91).

Es este concepto el que logra hacer del discurso colonial un aparato de poder, con el único objetivo de crear al colonizado como una población de sujetos degenerados racialmente y necesitados de gobierno. El estereotipo del discurso colonial reconoce y niega las diferencias de piel, religión, lengua, entre otras. Además, tiene como objetivo construir un sujeto carente de razón y sin capacidad de autogobierno; de esta forma, la Conquista es justificable (y casi necesaria). Es por esta razón que en *Los cuatro espejos* se presentan personajes como Magdalena y el doctor Centeno, entre otros, que consideran al negro como un sujeto inferior, sucio y salvaje: “un ser en estado de evolución permanentemente inferior” (Duncan 1973: 107) según las palabras del doctor.

El estereotipo funciona, según Bhabha, como fetiche: al negar la diferencia se instaura una presencia original (pureza racial y superioridad cultural) que niega al sujeto que no la posea. En *Los cuatro espejos*, la diferencia del negro se niega por un proceso sinecdótico del discurso; se toma una parte por el todo. Al percibir la piel como un elemento “irregular” dentro de la presencia original, el resto del sujeto se degrada pues no es equiparable con el sujeto ideal (blanco y entero). La diferencia por el color de piel se establece desde la misma escuela: “[...] Niña, ¿por qué él es tan negro? Con ansiedad repentina todos esperábamos la respuesta. Porque habíamos jugado en el río, el zacate y el barro sin diferencias. Nadie hizo jamás un distinguo. Pero, pucha, la rubia tenía que ser. De pronto pues, nos encontrábamos en bandos diferentes. Opuestos por una extraña condición biológica que nadie había notado antes [...] Los ojos de Walker, estallados en pánico, veían romperse el cordón umbilical que lo había unido totalmente al resto del grupo; miedo de ser definido y como consecuencia de tal definición, ser apartado del grupo definitivamente.” (Duncan 1973: 107). La *irregularidad* que causa la pigmentación oscura de la piel proviene, a la vez, de la concepción helénica de belleza fundada a partir de la relación entre amos y esclavos. Al ser los discursos históricos y culturales emitidos por Europa, Oriente se convierte en un objeto de estudio que le permite abordar la diferencia. De esta manera, se recurre de nuevo a un sincretismo de lugares de enunciación epistemológica en el que, sin extrañeza, lidera sobre los países tercermundistas.

A partir de estas asociaciones se observa que la posibilidad de representación identitaria del sujeto afro-caribeño es casi nula. Al negar la entereza al negro se establece un narcisismo en el nivel de lo

imaginario. El discurso colonial necesita justificar la existencia de otro que, siendo parecido al sujeto hegemónico, nunca pueda alcanzarlo. Por otra parte, el sujeto colonial necesita reconocerse sometido y aceptar ese contrato de subyugación bajo la “recompensa” de saberse parecido al colonizador. Por eso existe “[...] una clase de personas indias por la sangre y el color, pero inglesas por los gustos, opiniones, moral e intelecto” (Macaulay, cifr. Bhabha 1994: 113) Esto es, precisamente, un ejemplo de la decisión de Charles en *Los cuatro espejos*: con tal de parecerse al sujeto blanco y “civilizado”, acepta el sometimiento de su grupo cultural. A pesar de que “el reconocimiento de que la ‘historia del tercer mundo está condenada a conocer Europa’ como el hogar original de lo moderno [...] sirve como condición para un pensamiento deconstructivo de la historia” (Prakash 1997: 307), no ocurre este cuestionamiento histórico en *Los cuatro espejos*.

De acuerdo con los postulados poscolonialistas, en de los discursos de representación imperial existen fracturas que son procesos de hibridación textual, espacios ambivalentes de los textos en los que se encuentra la subalternidad. Estas zonas -llamadas *in-between* por H. Bhabha- corresponden a un tercer espacio de discurso que se establece a partir de un *yo* y un *tú* enunciativos. Aunque existe una intención de revertir los lugares de enunciación y validar la voz subalterna, en *Los cuatro espejos* únicamente se incorporan personajes negros en una novela que responde al discurso dominante. La única forma mediante la cual es posible deslindar esa dualidad ocurre al confrontar ambas categorías en igualdad de condiciones pero, si ambos grupos aceptan la predominancia de uno sobre otro, estas condiciones nunca podrán ser alcanzadas.

La educación es un factor de suma importancia para la representación del sujeto subalterno porque difunde la concepción ideológica y cultural de los sujetos sociales. Desde la escuela se marca la ideología dominante. El estado, mediante el sistema educativo se encarga de promover la idea de que “América Latina en su gran mayoría se representa exclusivamente como una “matriz étnica común” resultante de la articulación de la herencia del indio y del español” (Lavou 2001: 136), dejando así de lado la importancia cultural del negro. La celebración del Día de la Raza es un buen ejemplo de estos aparatos ideológicos porque “[...] al enfocarse sobre la supuesta inferioridad de las civilizaciones africanas con respecto a las precolombinas, convalidan visiones

reductoras e intolerantes que rehúsan ver a los negros como portadores de civilización y de historia. Desde su perspectiva, los negros no pudieron (y no pueden) marcar significativamente la historia de América Latina. (Lavou 2001: 132-133). Sin embargo, el sistema educativo es el encargado de difundir la celebración de esta fecha al punto de que “en Limón hacemos carnaval cada mes de octubre, para celebrar el día de la Raza que introdujo estacas en el año del indio en el nombre de los Reyes Católicos (Duncan 1973: 89). De esta manera, el negro no se toma en cuenta como productor de cultura, sino como objeto vigorizante de la cultura hegemónica.

La escuela infunde en los estudiantes la gran diferencia que existe, según el ideario nacional, entre el negro y el blanco. Los mismo docentes, muchas veces se adscriben a esta corriente ideológica y reafirman la diferencia: “Era evidente que la maestra tampoco se atrevía a definir a Walker. Y dijo con un agudo tono de disculpa: todos somos iguales ante Dios [...] los morenos son iguales que nosotros. La única diferencia es la piel (Duncan 1973: 114).

Otro instrumento de exclusión se presenta al fijar el español como idioma oficial a los negros que, en su mayoría, hablan inglés, limitando las posibilidades de asimilación cultural que, además, les es impuesto. Esta limitación se observa en Pete McForbes, quien tuvo que buscar medio económicos para educar a sus hijos y, aunque “no era mucho [...] era bastante. Había podido darle a su hijo la educación suficiente para que pudiese educar a sus hijos con mayor acierto. Le había dado raíz para que se adaptara a una tierra nueva, dominando el idioma nacional.” (Duncan 1973: 131). El sistema educativo costarricense se convierte en un instrumento deslegitimador de los discursos culturales subalternos ya que impone el discurso dominante como único válido y, en el caso de tomar en cuenta a los sectores subalternos, se les confina a las expresiones folclóricas como única muestra de su “utilidad”. La educación, para los sectores “centrales” del país se convierte en un elemento de inclusión al sector hegemónico.

La constitución del discurso de poder continúa emitiéndose desde los centros dominantes, los cuales responden a la idea eurocéntrica caracterizada por “una dimensión constitutiva medular de este régimen de saberes en el sistema global de clasificación racial que, sistemáticamente y por todas las vías posibles, ha establecido la superioridad de unos seres humanos (blancos, civilizados, occidentales, desarrollados), y la inferioridad de otros [...]” (Lander 2002: 56). Existe

en la conformación de la identidad costarricense una notoria exclusión del sujeto afrocaribeño.

En la producción de textos culturales también existe una exclusión de las manifestaciones afrocaribeñas. Se presenta un tipo de “lesión (y lección) simbólica acerca de la falta de voluntad de los intelectuales hegemónicos por escuchar efectivamente a los llamados subalternos.” (Arias 2001: 71). Aunque existen muchos textos que incorporan al sujeto subalterno, son pocos los que han sido legitimados por las instituciones literarias y, menos aún, los empleados por el sistema educativo. En *Los cuatro espejos* se percibe la desestimación del discurso cultural afrocaribeño. A pesar del empleo de personajes subalternos y de la inserción de expresiones culturales de este sujeto, no existe la enunciación de un discurso autónomo que represente la problemática de la subalternidad. Por el contrario, la adscripción de Charles McForbes al discurso dominante somete el discurso de sus raíces culturales al tradicional dominio hegemónico.

CONCLUSIONES

Inicialmente existe la intención de exponer (o crear) el discurso subalterno del sujeto afrocaribeño en la literatura. Sin embargo, *Los cuatro espejos*, en vez de invertir las posiciones discursivas, incorpora sujetos negros que afianzan la dominación del blanco como sujeto social. Charles le da la espalda a su origen y lo niega al unirse a Ester como representante de la hegemonía elitista. El protagonista aspira al blanqueamiento de su piel para ser parte dentro del estereotipo cultural y pretende “lavar” la negritud de su piel como medio de aceptación social.

De acuerdo con la relación entre centro y periferia, Charles emigra de Limón (periferia) hacia la capital del país, como centro emisor de la cultura nacional. En otras palabras, el protagonista muestra que el negro no vale como sujeto, sino que necesita de otros para afianzar su valor.

Al no propiciar un desplazamiento del lugar de enunciación del discurso (inclusive, no existe ni siquiera un discurso negro definido), la novela no plantea una verdadera representación del sujeto subalterno. Por el contrario, continúa validando el discurso del *blanco* como el prototipo cultural por seguir para alcanzar la condición de sujeto social.

Los limonenses son considerados parte de la cultura costarricense porque los marcos referenciales para la constitución de la identidad nacional no son compatibles con los de un costarricense (blanco) de la

meseta central. El idioma y el color de piel del negro, por ejemplo, no son legitimados como prototipos de un costarricense. Además, las instituciones que validan estos discursos identitarios se encuentran en la misma zona donde se ubican los grupos hegemónicos del país. Incluso, desde la colonia, los negros eran excluidos como portadores de referentes culturales y se relegan en la conformación del Estado-nación, concebido como el resultado de sangre hispana e indígena.

A pesar de que, a su llegada, el negro fue un grupo superior a los indígenas costarricenses no logró desarrollar completamente su cultura porque siempre hubo en él el deseo de volver a Jamaica. Ante esta actitud, los terratenientes y empresarios de la zona se aprovecharon y utilizaron a los negros como fuerza de trabajo. Además, volvieron a la idea eurocentrista del negro como salvaje y carente de razón.

El sujeto afro-caribeño no asume un papel de actor dentro de la dinámica social costarricense; su capacidad de *agency* se ve truncada por la jerarquía tradicional de poder. Los sujetos blancos se postulan como el estereotipo en la sociedad, subordinando a los grupos culturales periféricos. Hasta que no cambien los referentes culturales como indicadores de valor social y hasta que no haya un desplazamiento de los lugares de enunciación del discurso, los grupos subalternos seguirán en la misma condición porque, como lo afirma Ortiz: “La modernidad mundo pone a disposición de las colectividades un conjunto de referentes -algunos antiguos, la etnicidad, lo local, lo regional; otros reciente- resultado de la mundialización de la cultura. Cada grupo social, en la elaboración de sus identidades colectivas, irá apropiándose de ellos de manera diferente. Eso no significa, sin embargo, que estemos viviendo un estado democrático, en el cual la elección sería un derecho de todos.” (Ortiz 2001: 5).

BIBLIOGRAFÍA

- Arias, A. 2001. Después de la controversia en torno a Rigoberta Menchú. Lecciones acerca de la naturaleza del sujeto subalterno y del sujeto indígena. Casa de las Américas, (n. 225): 71-78.
- Ashcroft, Bill y Gareth Griffiths. 2000. Postcolonial studies. Londres: Routledge.
- Beverly, J. 1996. “Sobre la situación actual de los estudios culturales” en: Mazzolti, J. y J. Zervallos. 1996. Asedios a la heterogeneidad cultural. Philadelphia: Asociación Internacional de Peruanistas. Pags: 455-474.

- Bhabha, Homi K. 2002. *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Manantial. Trad. César Airc.
- Brenes Molina, J. 2003. "Tres novelas en busca de un juicio histórico".
Comunicación. XXIV. 1-2: 50-63.
- Castillo, Jerónimo. 2000. "En busca de la integración americana a través del idioma". *Repertorio Americano*, n. 9-10 : 71-77.
- Chacón, A. y D. Trottier. 2003. "La inscripción de las mediaciones institucionales en Lázaro de Betania, de Roberto Brenes Mesén y 'Caballo de trote', de Quince Duncan". *Letras*, n. 35: 197-209.
- Duncan, Q. y C. Meléndez. 1974. *El negro en Costa Rica*. San José: Editorial Costa Rica.
- Duncan, Q. *Los cuatro espejos*. 1973. San José: Editorial Costa Rica.
- Fanon, F. 1963. "Sobre la cultura nacional". *Los condenados de la tierra*. Madrid: Fondo de Cultura Económica: Pags: 77-89.
- Lavou Zoungho, V. 2001. "Indigenismo y marginación de los negros en América Latina". *Letras*, n. 33: 129-141.
- Lander, E. 2002. "Los civilizados y los bárbaros". *Nueva sociedad*. 177: 55-59.
- Lyon, D. 1996. *Posmodernidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- Maingot, A. 2002. "Transnacionalización de identificaciones raciales y religiosas en el Caribe". *Nueva sociedad*. 177: 161-171.
- Ortiz, R. 2001. "La modernidad-mundo". Disponible en: www.innovarium.com/culturapopular/mundo.htm (13 de febrero de 2001).
- Prakash, G. 1997. "Los estudios de la subalternidad como crítica postcolonial". Rivera, Silvia y Rossana Barragán. *Debates post-coloniales: una introducción a los estudios de la subalternidad*. La paz, Bolivia: SEPHIS. Ediciones Aruwiwiri, Editorial Historias Pags: 293-313.